

1997 *Cuando yo sea grande, biografías imaginarias* (jurado del concurso, edición, presentación), México, *Tiempo de Niños*, CONACULTA/UNAM.

1997 Presentación de *Cuando yo sea grande*, biografías imaginarias, Alas y Raíces a los niños, UNAM/CONACULTA/CNDC/XVII FILIJ, noviembre.

Comentarios del jurado

Una de las convocatorias más atractivas que he visto en un buen tiempo (y en un mal tiempo también) era la que invitaba a escribir una biografía imaginaria.

Cuando yo sea grande...

Me gusta mucho que diga “biografía imaginaria”, porque ésa es una propuesta verdaderamente creativa: todos deberíamos imaginar, con entusiasmo y libertad, cómo queremos que vaya siendo nuestra vida, y doblar las esquinas, inventar los gestos, modelar los materiales, pintar las miradas, en fin: hacer las cosas que sean necesarias para que la realidad se transforme y sea como nosotros queremos o imaginamos que debía ser.

Sería bueno que los adultos, al leer estos textos, recordaran cómo querían ser y qué querían hacer “cuando fueran grandes”, para que los comparen con lo que son y el recuerdo sea un trago de agua fresca que reavive su imaginación y su audacia.

Escribir es una manera de ir construyendo: las palabras nos hacen ver cosas que no veríamos sin ellas; son herramientas para escarbar en nosotros mismos y encontrar qué es lo que sabemos y sentimos. Si repetimos la palabra ladrillo, encimándola una y otra vez, podremos construir una escalera.

Los niños no son adultos a la mitad, o señores subdesarrollados: son niños, con su mundo “donde los árboles tienen frutos que son, por supuesto, piedras preciosas”, como decía Julito.

Después de leer estos textos, que ascienden desde la luna hasta el microbio, creo que se debería convocar a que los adultos modificaran su biografía y escribieran lo que quieren ser cuando sean chicos.

Eduardo Casar

Haber tenido el privilegio de leer todo este mundo de sueños, deseos, propuestas e intenciones me significó muchas risas y carcajadas, muchas lágrimas y reflexiones. Sobre todo, leer los trabajos de tantos niños y jóvenes de varios estados de nuestro México me subió a un camión que recorre geografías (con sus montañas y sus ríos), que transita a través de las almas y la fantasía de los niños, que se detiene en las ilusiones (suyas y nuestras), que nos lleva a un destino mucho más luminoso que el que la realidad quiere imponernos. Mientras exista esta riqueza, nuestro país y nuestro mundo no tienen razones para detener su corazón.

Francisco Hinojosa

Leyendo los textos del concurso, me di cuenta de que como escritora pierdo de pronto esa capacidad de soñar, de inventar, que tienen todos estos niños y niñas. El adulto, para ser creativo, tiene que volver a romper las barreras de lo que ha aprendido y volver a ser como era de pequeño: libre.

Despacio, riendo a veces, meditando otras, entristeciendo algunas, leí el material de la convocatoria. Lo que más deseo, desde luego, es que los creadores que participaron no dejen de escribir. Ojalá que los maestros sigan estimulándolos. No podemos, por desgracia, heredarles a los niños que serán jóvenes o adultos en el siglo XXI un mundo ideal; sólo podemos regalarles la creatividad y la fantasía para que puedan vivir su tiempo lo mejor posible,

Gracias a todos los que participaron por el placer de divagar, de imaginar, de jugar, que me regalaron.

Silvia Molina

México es una nación de grandes diferencias sociales y culturales, todos lo sabemos. Las cartas del concurso *Cuando Yo Sea Grande...* nos permiten constatarlo en el espejo de quienes serán los actores del entramado de este país a principios del próximo milenio. A través de más de seiscientos textos, vemos un reflejo claro no sólo de cuál país heredaremos a la siguiente generación, sino de los mecanismos de tal transmisión, sus alcances y su hondura; a veces

gratificante, a veces patético. Hemos logrado permear los sueños y la imaginación de los niños y jóvenes de México a través de los medios, los sistemas educativos, las expectativas y roles adjudicados. Valores y arquetipos se reflejan en este espejo que lanza señales, deslumbra, se apaga, desde sitios tan diversos como diversos son los materiales de las cartas: hojas de cuadernos escritas con lápices rotos, de papel amartillado con floridos márgenes, de computadora e impresora láser, de estampados comerciales, simples hojas sueltas o cartoncillo... Ante el futuro, todos nuestros niños desean alguna profesión, oficio o destino que les permita sortear la crisis y mejorar su situación. El rango de prospectos es variado, pero todos se ven exitosos.

Donde todos son niños por igual es en la vaguedad de los métodos para alcanzar dichos fines. Donde todos son por igual escépticos es en el reconocimiento de las dificultades para alcanzar sus fines. Donde todos son utópicos es en la consideración de los lapsos y de la cantidad de cosas que pueden ocurrir en ellos, la impaciencia hace correr los flujos de la historia aceleradamente y, en una o dos décadas, cambiarán mágicamente las condiciones políticas, económicas, tecnológicas, a su alrededor. Pero la esperanza, aunque difusa, es inquebrantable. El retrato sin foco y borrado del futuro imaginado es revelador: destellos, propósitos firmes, aventuradas propuestas muestran qué temprano hemos dejado una huella indeleble de cultura y condiciones —para bien y para mal— hasta en los más recónditos escondites de la imaginación. Y la reflexión obligada ante este breve espejo es: ¿cuál es nuestro papel en este panorama de esperanza y desencanto?

Elisa Ramírez

Nota de los editores

Sabemos que todo intento de clasificación es arbitrario y excluyente. Para hacer esta antología los jurados seleccionaron una serie de textos que, a su entender, eran representativos de la totalidad de escritos recibidos. Hay trabajos de casi toda la república, de niños que escriben por propia voluntad y de quienes lo hacen a sugerencia de maestros, promotores o padres.

Los trabajos de esta antología se presentan de acuerdo con la edad y el grado escolar de los participantes. En cada sección las cartas se reagruparon por estado y por escuela, tratando de reconocer con ello a quienes estimulan a los niños para que expresen, por escrito, sus ideas.

Otro criterio podría haber sido clasificar el material por escuelas —sin considerar las edades—, lo cual hubiera permitido reconocer los estímulos institucionales, los rangos de clase, el acceso a los medios de información, los problemas específicos de ciertas localidades o estados. Sin embargo, tanto el criterio, de algún modo implícito en el anterior, como el de ordenar por profesiones no hubiera facilitado la creación del rico mosaico que aquí se ofrece.

Todas las combinaciones son posibles y esclarecedoras. Este libro nos parece un instrumento indispensable y necesario para quienes trabajan con niños en todas las disciplinas, para quienes diseñan las políticas culturales y educativas para los niños, para quienes desean entrever el futuro del país. Estas líneas pueden leerse como si se escudriñaran las palmas de las manos de sus autores; la edad torcerá o afianzará la línea del destino, ya inscrita, desde ahora, en la geografía accidentada y compleja de este país.

Uno de los propósitos de esta antología —quizás el más importante— es darles la palabra a los niños para que expresen sus preocupaciones, anhelos, intereses y que, sobre todo, lo hagan a su manera. Por ello creemos que es necesario explicar en qué consistió el trabajo de edición.

A primera vista parece más o menos simple la tarea de transcribir las cartas de los niños; sin embargo, no es así, pues muchas carecen de signos de acentuación o puntuación, y en otros casos la grafía es bastante disímula y casi nunca académica.

Respecto a la acentuación y el uso de la tilde se decidió en todos los casos apegarse a las reglas ortográficas. Sin embargo, debe tomarse en cuenta que en ciertos estratos sociales los patrones acentuales varían, particularmente en la flexión verbal: pidamos/pídamos, vayamos/váyamos, midamos/mídamos. Ante la imposibilidad de comprobar estos datos, se optó por dejar las formas “cultas”.

En lo referente a la puntuación, básicamente se presentaron dos tipos de textos: a) los que carecían en absoluto de ella, y b) los que sí la tenían, aunque fuera parcial o equívoca. En el primer caso se decidió puntuar lo menos posible, sólo en donde pudieran suscitarse confusiones. Como tendencia se observó que la escritura de los niños de cuatro a nueve años, y más concretamente los de comunidades rurales, está aún permeada por lo que el lingüista estadounidense Ong llama psicodinámicas de la oralidad. Por ejemplo, el pensamiento y la expresión de condición oral tienden a ser acumulativos antes que subordinados: “Bailaría en muchos lugares y me convertiré en una bailarina muy famosa, entonces tendré dinero para viajar por todo el mundo y conocer África, ver los animales y a las personas morenas y también pasar por enmedio de la selva y quedarme a vivir una noche con los animales; no me daría miedo porque yo no les haría nada, sería una amiga y los invitaría a jugar y a bailar conmigo”; “Voy a ahorrar mi dinero y no voy a ser envidioso y poco a poco me compraré un carro y en él iré al trabajo y luego me buscaré una novia y luego me casaré y tendré hijos y los cuidaré mucho y luego que entren a la escuela les compraré todos los útiles escolares”.

En el segundo caso, en el que sí había puntuación y era más o menos acorde con los usos “normales”, se respetó la colocación de los signos; si era necesario realizar cambios se procuraba que fueran los menos posibles. La puntuación, sobra decirlo, es siempre una cuestión subjetiva.

En el caso de las grafías éstas se transcribieron tal como aparecían, pues en lenguas como el español la palabra escrita guarda cierta semejanza con la palabra hablada. Por lo anterior no es tan disparatada la idea de considerar la escritura, con las debidas reservas, como reflejo de su forma real: la fonética. En este sentido la escritura revelaría procesos, diacrónicos o sincrónicos, de la lengua; los siguientes son algunos ejemplos de procesos fonológicos y morfológicos del español: venado/venao, tractor/trator, bilingüe/bilingüi, inyectar/enyetar, magullar/mallugar, aunque/onque, vomitar/gomitar; drogadicción/drogadismo, drogadicto/drogante, discapacitado/indiscapacitado.

(Por cierto, para la edición de este libro las nociones de “corrección” o “propiedad” del lenguaje no son pertinentes.)

Los corchetes se utilizan sólo para completar aquello que (suponemos) el niño tenía en mente y por algún lapsus no lo realizó en la escritura.

En cuanto a la sintaxis, no se modificó absolutamente nada, así que muchas oraciones parecerán “extrañas” (aunque no desde un punto de vista pragmático). Tal vez este material pueda ser de utilidad para quienes se interesan en aspectos sintácticos del español o en la adquisición y enseñanza de esta lengua, o en el examen de la literatura escrita por niños, un campo prácticamente virgen.